El mentidero de la Villa de Madrid

Mentidero de las Gradas de San Felipe el Real

Nº 800 Martes 19 de Septiembre de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- **«Debajo de las piedras»**, *Emilio Álvarez Frías*
- **La siembra del odio,** *Manuel Parra Celaya*
- **No pienses en un elefante**, *Juan Van-Halen*
- **La obligación de decir no,** *José María Mugica*
- **Aznar ha acertado**, *Esperanza Aguirre*
- **La Gran Hermana feminista,** *Guadalupe Sánchez*
- **Tarea de generaciones,** *Ángel Pérez Guerra*

«Debajo de las piedras»

Emilio Álvarez Frías

Está claro. Tal como se define Pedro Sánchez. Él está dispuesto a hacer lo que sea necesario con el fin de conseguir votos para alzarse de nuevo con la jefatura del Gobierno y vivir otra temporada en la Moncloa, disfrutando de los bienes del Patrimonio Nacional y viajando con harta frecuencia de aquí para allá en lugar de estar solucionando con su tropa todos los problemas que tiene el país. De esa forma estarían justificados todos los anuncios que están apareciendo últimamente en la televisión, que, sin duda, habrán costado un pastón, donde aparecen reflejados lo bien que funcionan todos los servicios del estado, lo maravillosamente

que viven los españoles, lo felices que son los moradores de cualquier lugar ya sean niños, jóvenes o ancianos, lo bien enseñados que están las jóvenes generaciones, cómo se reparte cultura por cualquier lugar, lo adecuadamente atendidos que estamos todos en la seguridad social, lo impresionantemente que funciona la economía del país, qué maravilla es el servicio de Correos que nos atiende en infinidad de prestaciones, la cantidad de trabajo que hay para que todos los compadres se ganen el pan de cada día, cómo nacen empresas cada mañana, lo baratos que están los productos alimenticios en el mercado, y todo un amplio panorama de las mil y una noche que nos mantiene abobados y satisfechos a todos los españoles.

No podemos pedir más, pues de todo eso se deduce en la amplia propaganda televisiva, Y es de lo que se ocupa a diario Pedro Sánchez, que es un tío macanudo que, además, es capaz de resolver cualquier problema de la nación.

Por eso nos dice ahora, a voz en grito, no suavemente como cuando habla en las reuniones de la UE, donde emplea un tono meloso, con intención convincente y ánimo de dormir a sus señorías de 27 países para que le den todo lo que él quiere, que es, más o menos, al final, ser emperador de Europa. Sí. Y va soltando por los andurriales del país, a las mesnadas adormecidas, que escavará bajo las piedras si es necesario para conseguir la magistratura que se merece, o al menos la gobernanza del país llamado España, sea entero o repartido a cachitos.

Llevamos meses escuchando toda esa patraña aburrida, que produce un inmenso cansancio, plagada de mentiras, viendo cómo retuerce las leyes del estado para ajustarlas a su conveniencia, con objeto de beneficiarse de ellas para sacar adelante sus ambiciosos proyectos. ¡Qué digo meses! Desde el primero de junio de 2018 que le tendió la trampa a Rajoy y se hizo con la jefatura del Gobierno. Y cinco años son muchos para aguantar cómo rezonga un individuo de esta calaña.

Esperemos que se rompan todas las palas y picos con los que este advenedizo trepador piense hurgar bajo las piedras para conseguir lo que le falta para completar esta última trampa. Contrario a lo que más desea una inmensa parte de la población española: que se vaya de una vez de mucamo de cualquier otro ambicioso como él, llevándose a toda la tropa que ha creado y repartido por toda España para su mejor gloria.

La siembra del odio

Manuel Parra Celaya

No estuve en Cataluña el 11 de septiembre; y no es por desacato a la historia, pues, entre otras cosas, reconozco en la figura de Rafael de Casanovas a un gran patriota español, sino por la burda falsificación que hace de la efemérides el nacionalismo catalanista, ese que va a permitir –si Dios no lo remedia– un nuevo gobierno *Frankenstein* a cambio de muchas ilegalidades. Por otra parte, me queda muy lejana la Guerra de Sucesión (que no *de Secesión*, por favor) y siempre había apostado por celebrar la *diada* el Día de las Rosas y el Libro (belleza y cultura), es decir, Sant Jordi, en versión vernácula, en el que se anuncia la primavera, aunque sea la estacional y no la política.

Pero un par de días anteriores a la de la tergiversada fecha histórica, fui testigo involuntario de una de las razones por las que aún persisten *esteladas* (aunque pocas) en los balcones y los autocares, sufragados por fondos públicos, por cierto, llegan a mi ciudad para descargar multitudes de *fieles*, convocados por la ANC, por el *Ómnium* y por la infinita gama de los partidos separatistas que van a otorgar el presunto voto de investidura a Sánchez. Aviso que

se trata de una vulgar anécdota ciudadana, de cuyo simbolismo no cabe dudar.

En una céntrica calle, con viandantes en busca del aperitivo sabatino y renuentes de las aceras castigadas por el sol, una anciana con bastón, ataviada *a lo progre*, asesoraba a su nieta, de unos diez años; me fue dado escuchar de pasada sus airadas palabras en catalán a la niña: *«¡Nada de españoles! ¡Solo somos catalanes!».* El resto del mitin, que no conversación, preferí no escucharlo, ni ganas, pues la cría solo miraba a su repelente abuela con ojos como platos, y no era cuestión de entrometerme en el ámbito llamémoslo familiar. Los comentarios, en voz más alta de la habitual, sí fueron por parte de mi esposa, generalmente plácida, pero no es cuestión de transcribirlos aquí.

Me imagino que la anciana en cuestión formaba parte de la grey que acude al mercado con un lazo amarillo en su carrito de la compra y dentro de poco engrosará la primera fila de las masas que acudirán a recibir a Puigdemont en triunfo cuando entre en Barcelona, amnistiado por el presidente del Gobierno español, con la promesa de un nuevo *referéndum de autodeterminación* bajo el brazo.

Se trata, ni más ni menos, que de la Siembra del Odio, que constituye el verdadero *leit motiv* de todo secesionismo, ese que amenaza, no solo a España, sino a muchas naciones de la ciega y sorda UE siembra de odio que suele ser transmitida, ya no por los padres (posiblemente, en este caso, ausentes por el *puente* del 11 de septiembre y que habían *colocado* a la niña bajo la tutela canguril de los abuelos), sino por una generación a punto de caducar, mayoritariamente educada en las sacristías –me resisto a decir iglesias–, y ferviente adoradora de aquel Promotor del *procés*, que fue declarado –no lo olvidemos– *español del año* por el diario *ABC* y que tan buenas migas hacía con las altas esferas políticas y económicas en *Madrit*.

Quizás lloviera sobre mojado en el caso de la pobre niña, pues quizás en su aula ya hubiera escuchado sentencias similares a las de su abuela, con versiones bastardas de qué se conmemoraba en la fecha; quizás en sus libros de texto (si es que los tiene) se contengan aberraciones históricas de gran calibre, destinadas a envenenar generaciones y a proseguir un *relato* que siga inficionando a la sociedad catalana.

¿Cómo se puede luchar contra el odio? Desde una óptica religiosa, se me dirá piadosamente que con el amor, su mejor antídoto, pero me asalta la terrible duda de si en las trastiendas de las sacristías mencionadas se es capaz de poner el Evangelio por encima del fabulario de la Cataluña irredenta; recientemente, hemos visto las imágenes del Abad de Montserrat como guardia de

corps espiritual de la tenida de *presidents* de la Generalidad, entre ellos, claro, el fugado de Waterloo, con la excusa de un homenaje a Pau Casal.

También se me puede argüir que ese odio irracional se vence con la verdad, pero estamos hablando, en todo caso, de largo plazo, pues lo inminente es que ese odio prevalezca con los plácemes de la clase política española. Mi admirado Aquilino Duque, al que cité como gran poeta el otro día, dice sabiamente en su *«Cataluña crítica»* que *«es lógico y natural que los partidos políticos pongan el sistema al que deben su existencia por delante del hecho nacional, de ahí que pedirles un pacto de Estado para salvar a España sea pedir peras al olmo».*

Por lo tanto, descender del terreno religioso o filosófico al de la política actual es tarea ímproba y me fallan las fuerzas. Confío, eso sí, en muchos de mis compatriotas, catalanes o no; descarto de antemano a los que están obnubilados por los medios, por los que centran su interés en las *serpientes de verano* de las que les hablaba recientemente, y a los que, como la *dulce abuelita* de mi anécdota se mantienen en el absurdo separatismo o los que, por sus actitudes y palabras, son abiertamente *separadores.*

Por cierto, ¿no se le ha ocurrido al PP que el lema de una convocatoria para manifestarse no puede ser exclusivamente negativo (*Contra la Amnistía*)? ¿No sería más constructivo convocar, además, a favor de la unidad de España?

No pienses en un elefante

El feminismo radical, el ecologismo exagerado, el animalismo salvaje, están en un marco que ha sido asumido dócilmente por la derecha, de modo que el debate lo gana la izquierda

Juan Van-Halen *(El Debate)*

Puede que Irene Montero no tenga claro quién es George Lakoff y, por ello, no se haya tomado la molestia de leer sus libros. Por si encuentra un rato libre en sus agotadoras jornadas ministeriales o entre tarta y tarta con Pam y otras amigas, le recomiendo *No pienses en un elefante* (Editorial Complutense, 2007 y Península, 2017). Es un libro breve e intenso que alguna vez se ha llegado a comparar con *El Príncipe* por su intención y por su valor práctico para los políticos. Lo cierto es que la obra se ha convertido en un clásico contemporáneo. El autor es un significado lingüista, menester que no tiene nada que ver con alguna otra actividad lingual de la que la ministra se declaraba experta en un vídeo de su juventud más joven.

George Lakoff ha estudiado las palabras y sabe que no son inocentes. Ha profundizado en su marco mental y conceptual. Su opinión es que si tú diseñas el marco del debate y tus supuestos oponentes aceptan y acaban compartiendo ese marco, el debate lo tienes ganado. Lakoff es hombre de izquierdas, un progresista. Otro de sus libros traducidos al español, *Puntos de Reflexión. Manual del progresista* (Península, 2017), busca el desmontaje de los planteamientos de la derecha. Hay una obra, no traducida, *Women, Fire and Dangerous Things* (*Mujer, fuego y cosas peligrosas*) (University of Chicago Press), que interesaría a Irene Montero. Pero me referiré a la aplicación en España de la sabiduría de Lakoff en algún terreno que compete a la ministra.

Superadas las viejas banderas de la izquierda al ser asumidas por la sociedad a través del tiempo, y debemos ir a los inicios foráneos en Bismark y en España en Dato, ha tenido que inventarse otras: el feminismo radical, el ecologismo exagerado, el animalismo salvaje, entre ellas. Y ese marco ha sido asumido dócilmente por la derecha, de modo que el debate lo gana la izquierda. En el caso del feminismo se ha llegado a cotas chocantes como crear controversia en si hablar de violencia machista o de violencia de género; un debate impostado y hueco.

Cuando se aprobó la ley llamada del «sólo sí es sí» la ministra Montero se mostró encantada y Sánchez llegó a asegurar que esa norma abría un camino que seguiría el mundo. Una patochada de la que no se arrepintió cuando cambió la ley gracias a los votos del PP y en contra de Podemos, su socio de Gobierno. Sánchez nunca se lo agradeció al PP y el PP nunca se lo recuerda, una prueba más de que ha aceptado en modo rebaño el marco mental y conceptual de la izquierda. Cuando puede legítimamente apuntarse un tanto de gran repercusión social no lo hace. Tan incomprensible como que el PP exija en el Congreso una marcha atrás en el controvertido asunto de los escaños prestados para completar grupos parlamentarios, mientras aprueba lo mismo en el Senado en donde tiene mayoría absoluta.

Esas contradicciones tienen no poco que ver con el marco mental y conceptual del debate político. En definitiva, con la teoría de Lakoff. Coloca el marco favorable para perjudicar al adversario que ocupa el espacio que su contrario desea. Irene Montero sigue defendiendo la impresentable primera versión de su ley y Sánchez olvida que la asumió con fruición, salida de un Consejo de Ministros que él presidía. Y la derecha calladita, sin recordar su colaboración necesaria en su cambio. Por ahora con más de mil cien condenados que vieron reducidas sus penas y más de cien excarcelados, Echenique, al que supuse más inteligente, insulta a los jueces comparándolos con Rubiales; al menos ahora no les tilda de fascistas. Los jueces sólo aplican la ley. Y Montero no

reconoce su error ni dimite. Ni cuando ve reducida su pena un condenado por la Manada. Y aquel hecho indignante abrió la puerta a su ley.

Si te dicen que no pienses en un elefante, automáticamente piensas en ese paquidermo. Al nombrártelo lo evocas. Está en tu marco mental y conceptual aunque no quieras pensar en él. Es lo que traslada Lakoff a la política. Cuando hablamos sin parar de la amnistía o del referéndum inconstitucionales dándolos como inevitables estamos cayendo en la trampa de Sánchez, con Lakoff al fondo. Y muchos medios siguiéndolo con inadvertida complicidad.

La obligación de decir no

José María Múgica *(Vozpópuli)*

Se supone que unas elecciones generales tienen por objeto dilucidar la formación de un gobierno que haga frente a las necesidades del país en que se celebran. Sólo así se entiende la convocatoria de elecciones generales anticipadas para el 23 de julio que fijó el presidente Sánchez al día siguiente de las elecciones municipales y autonómicas del 28 de mayo.

Pero aquí, en España, por desgracia se ha navegado en dirección contraria desde que fueron conocidos los resultados de las elecciones del 23 de julio.

El hecho de que las dos principales fuerzas políticas españolas –PP y PSOE– obtuvieran casi el 65% de los votos populares, de que obtuvieran casi el 74% de los escaños en el Congreso –258 sobre 350–, ha sido irrelevante a la hora de alcanzar un acuerdo de gobierno entre ambos partidos. Eso no ocurre en ningún otro país de Europa, donde la necesidad de concierto entre ambos partidos principales no se discutiría, y sin embargo sucede en España.

La incapacidad para ponerse de acuerdo ambos partidos ha conducido a una situación deplorable e insoportable. El hecho de que el PSOE pretenda fiar su investidura en un golpista, delincuente prófugo de la justicia, el Sr. Puigdemont, es entender el mundo del revés. Un fugado que dirige un partido, Junts, con sólo el 1,6% del voto nacional, que es el quinto partido en Cataluña, por detrás también del PP en aquella comunidad, no puede pretender condicionar la política española y no es aceptable que se le confíe ese arbitrio.

Y ese Sr. Puigdemont, desahuciado, despreciado y perseguido antes de las elecciones del 23-J, y ahora en rehabilitación por el gobierno de España, pone unas condiciones enloquecidas, comenzando por la amnistía de sus propios delitos para seguir con la independencia de Cataluña invocando la vía de la unilateralidad, es decir, del golpe de estado.

Es claro que ante tal suma de desmanes el problema y la falta de cordura no reside en el Sr. Puigdemont, sino en quien pretende ostentar la presidencia del gobierno de España. Porque ante ese disparate la única salida inteligible del Sr. Sánchez es decir sencillamente «No». Sabe que la amnistía es inconstitucional, no porque lo diga uno mismo, sino porque medio gobierno con el Sr. Sánchez a la cabeza se hartó de decírnoslo a los españoles hasta el 23 de julio.

Sabe que la amnistía de los golpistas catalanes sería un acto aberrante que borraría el abrazo de la reconciliación en el que se fundó la salida de la dictadura franquista mediante la amnistía de 1977, y toda la obra democrática posterior. Sabe que la amnistía rehabilitaría el golpe de estado del 1 de octubre de 2017 y proporcionaría impunidad indebida a sus autores. Y que los efectos de esa impunidad serían demoledores para las Fuerzas de Seguridad del Estado, abandonadas a su suerte, y deslegitimadores para el poder judicial que hizo bien su trabajo después de aquellos hechos. Y que sería desastrosa para la mayoría de la población catalana, ajena al independentismo.

Que la amnistía, en suma, se convierte en un acto de humillación hacia los ciudadanos que entienden que fuera de la ley sólo queda la jungla y la arbitrariedad.

Esta actitud del gobierno, que no dice «No», ha tenido el efecto de envalentonar a un independentismo que perdió 700.000 votos en las elecciones del 23 de julio. Dar la llave de la formación de un gobierno en España a esa gente constituye una temeridad inadmisible.

En suma, esta situación interpela al gobierno de España, inmerso hasta ahora en una cháchara que a nada conduce. De nada sirve referir que se trata de «pasar página», cuando parece que nada se ha leído y que, además, en ese pasar página se pueda acabar incendiando el libro y la biblioteca entera. «Desjudicializar» es otro término vacío de cualquier contenido: ¿desde cuándo los tribunales no tienen por función, constitucionalmente establecida, perseguir los delitos? Como es término vacío expresar que todo se hará dentro de la «Constitución», cuando es el gobierno mismo el que se ha cansado de decirnos a todos, hasta la misma fecha electoral, que la amnistía es inconstitucional.

Cuando observamos a los independentistas catalanes, tan ufanos de la barbaridad que hicieron y pretenden volver a hacer, el resultado es claro. Es un disparate seguir en ese proceso marcado por integristas y neocarlistas que nos devuelven a lo peor de la historia de España, a lo más tenebroso de la persecución de las conductas libres de los ciudadanos.

Y la situación interpela al partido socialista más allá de la gran cantidad de voces de dirigentes históricos de ese partido, y que forman parte ya de su

mejor historia, que estos días han denunciado esta situación. Lo interpela porque, una vez enredado el PSOE en los desatinos de tal integrismo, se deslizaría por una pendiente reaccionaria. Si pactase con los carlistas catalanes, sería ya un partido casi inerte, anestesiado, sin apenas masa ética ni intelectual que diera cuerpo a sus principios y obligaciones. Sería un partido, a plazo, cercano a su propia decadencia. A la irrelevancia.

Aceptar la receta envenenada de los supremacistas, envenena la mejor historia del PSOE. Y saber decir «No», que no todo vale con el objetivo de permanecer en el gobierno, es la exigencia ética inevitable para no caer en el precipicio.

Es conveniente volver a releer a Agustí Calvet, alias Gaziel, el más lúcido e inteligente periodista catalanista del siglo XX y de lo que llevamos de este siglo XXI. Sus citas son inacabables, de una gran brillantez. Véase como botón de muestra: «La historia de Cataluña es esto: cada vez que el destino nos coloca en una de esas encrucijadas decisivas, en que los pueblos han de escoger, entre varios caminos, el de su salvación y su encumbramiento, nosotros, los catalanes, nos metemos fatalmente, voluntariamente, estúpidamente, en un callejón sin salida». Lo escribió Gaziel a los pocos días del golpe de Companys en Barcelona, en octubre de 1934. Sus palabras resultan de una actualidad extraordinaria.

Es justo lo que sucede ahora, a la vista de todos. Un independentismo arrogante e imposible, que escoge el peor de los caminos y trata de meter ahora en un callejón sin salida a quien pretende gobernar España y así a la nación entera.

Debemos salir de ahí, de esa vía a ninguna parte distinta de la discordia, del enfrentamiento y de la fatalidad. Para cambiar ese destino funesto, que es evitable, pónganse de acuerdo los dos grandes partidos españoles, que recogen la voluntad de casi dos tercios del voto nacional.

Y si ese acuerdo fuera imposible, recúrrase al mal menor, la celebración de otras elecciones generales que sirvan para su auténtica finalidad: dilucidar la formación de un gobierno que afronte las necesidades de los españoles.

Aznar ha acertado

> «La amnistía equivale a reconocer que la Transición fue una farsa, que la Constitución de 1978 es dictatorial y que España no es una nación»

Esperanza Aguirre *(El Subjetivo)*

Que Aznar ha acertado con su llamamiento a movilizarse lo demuestra la fiereza con la que los socialistas de nómina han salido en su contra. Razón más que suficiente para que todos los españoles que queremos

seguir siéndolo nos movilicemos para que los que quieren acabar con España vean que no les va a ser tan fácil.

El llamamiento de Aznar me ha recordado la magnífica conferencia que la presidenta de la Comunidad de Madrid pronunció en noviembre del año pasado en el Club Siglo XXI. En esa intervención Isabel Díaz Ayuso, con esa claridad que la caracteriza y que tanto le agradecemos los que la escuchamos, llevó a cabo un profundo y exhaustivo análisis de la situación política española y de los planes de Sánchez y su gente. (Invito a los que quieran leer una de las mejores, si no la mejor, interpretaciones de esos planes de Sánchez que la busquen en internet, no quedarán defraudados).

Ahí dijo muchas cosas y todas interesantes. Reproduzco ahora una de las más significativas: «Sostengo que Sánchez y sus socios, más allá de mantenerse a toda costa en el poder, siguen una estrategia que busca desmembrar España como nación e instaurar en España, al margen de los mecanismos constitucionales, una República Federal Laica de facto. De ahí que la Corona, la capital, la bandera y los demás símbolos; el espíritu de la Transición, la presencia del Ejército, de la Guardia Civil y demás cuerpos y fuerzas de seguridad; o el Poder Judicial único e independiente sean un obstáculo en su camino».

El camino para instaurar esa república Sánchez lo tiene claro, es el mismo que han seguido para hacerse con el poder sin recurrir a las armas todos los autócratas de los últimos tiempos, con Hugo Chávez como principal modelo. Consiste en utilizar las posibilidades que los regímenes democráticos ofrecen para llegar al poder, aunque su partido de origen no obtenga un gran resultado. Y una vez en el poder, maniobrar para eliminar las trabas que se oponen a sus objetivos últimos, con la ayuda siempre de algunas instituciones, a las que pueden manipular, comprar o amenazar.

Recordemos que Sánchez llega a La Moncloa en junio de 2018, cuando su partido, el PSOE, tiene sólo 84 diputados, elegidos en junio de 2016 por 5,4 millones de votos (22,63%). Pero eso le daba igual, porque podía crear Frankenstein y así tener el poder. Lo revalida en noviembre de 2019 con otro pobre resultado: 120 diputados y 6,7 millones de votos (28%), pero no importa, porque Frankenstein sigue vivo. Y el 23-J llega a 121 diputados con 7,7 millones (31,7%). Se queda a 16 escaños del partido ganador, el PP. Pero tampoco importa porque Frankenstein no da señales de estar agonizante, sino todo lo contrario. Y la prueba de que está vivo es que uno de los trozos que lo forman, como en la película de la que toma el nombre, Junts, decide dar una vuelta de tuerca y exigir la amnistía para todo el 1-O.

La amnistía es uno de los objetivos principales de Junts, que es un partido catalán que no logra grandes resultados en Cataluña. El 23-J tuvo 392.000 votos, esto es el 11,16% del total de las cuatro provincias catalanas, mientras el PP, por ejemplo, 469.000 y el 13,34%. ¡Tiene su aquel que el PSOE quiera utilizar esos 392.000 votos, que es el 0,8% del total de los 48.345.000 habitantes que tiene España, para conseguir sus fines!

Pero la amnistía es una operación que, como señalan casi todos los juristas y analistas que la estudian, lleva consigo la destrucción del régimen constitucional porque equivale a reconocer de manera solemne que los políticos que declararon unilateralmente la independencia en 2017 hicieron bien porque enfrente tenían a un Estado opresor. Esto es: que la Transición fue una farsa, que la Constitución de 1978 (aprobada por el 90,5% de los catalanes) es dictatorial y que España no es una nación, sino, si acaso, un mosaico de naciones.

Es decir, que si el Parlamento español llegara a aprobar esa amnistía, el resultado no sería sólo que a los varios miles de involucrados en el golpe del 1-O se les perdonarían sus delitos, sino que, pura y simplemente, la España Constitucional habría dejado de existir.

Evidentemente, a los políticos y seguidores de Junts eso les colmaría de felicidad.

Pero, ¿y a los del PSOE, que tienen que ser los promotores de esa amnistía? La primera respuesta es que todo parece indicar que a Sánchez y a todos los que, de una u otra manera, le deben su sueldo –no desdeñable si se compara con lo que valen en el mercado laboral libre–, aprobar la amnistía también les haría muy felices porque esa aprobación llevaría consigo la investidura de su jefe como presidente del Gobierno y, consecuentemente, la conservación de sueldos y prebendas.

Pero no sólo por eso. Si hacemos caso a Isabel Díaz Ayuso en su magnífica conferencia de noviembre del año pasado, Sánchez no sólo aspira a usar a discreción el Falcon, su objetivo último es muchísimo más ambicioso: imponernos una república federal y laica. Y una vez roto, con esa amnistía, el Estado de Derecho, que nos garantiza desde 1978 nuestra Constitución, acabar con la Monarquía Constitucional y con la unidad de España es coser y cantar.

La cosa es tan grave que es perfectamente comprensible que José María Aznar haya utilizado la auctoritas que le da el haber sido ochos años presidente del Gobierno para levantar con energía su voz y gritar «¡basta ya!» ante la amnistía y las exigencias de los independentistas catalanes, que calificó como «una destrucción programada de la nación».

Un grito que iba unido a un llamamiento a los ciudadanos para que se movilicen porque «existe un riesgo cierto existencial para la continuidad de España como nación, como comunidad política de ciudadanos libres e iguales y como Estado bajo el imperio de la ley aplicada por jueces y tribunales independientes».

Al tiempo que denunciaba algo que ya vamos sabiendo todos, que «la entrega del socialismo al secesionismo a cambio de mantener el poder» es por sí sólo «el hecho más destructivo» que ha padecido España «en la política democrática». Porque, insistió, «el peligro no viene de fuera; está inducido por una fuerza política, el Partido Socialista, que se ha convertido en el desencadenante de un síndrome en el que los que tienen que defender la Constitución desde el Gobierno se convierten en sus principales atacantes».

EL PP CONVOCA EN LA PLAZA DE ESPAÑA DE MADRID UN «GRAN ACTO» CONTRA LA AMNISTÍA

La movilización es uno de los objetivos fundamentales que el PP busca con el «gran acto» que ha convocado el próximo 24 de septiembre en Madrid para que la sociedad muestre su «rechazo» ante la posibilidad de que Pedro Sánchez conceda la amnistía a los condenados por el 1-O para «perpetuarse en el poder».

La Gran Hermana feminista

«No toleres que apelen a las mujeres para señalar y linchar a inocentes, para criminalizar a los hombres, para asaltar la justicia o para quebrar la convivencia»

Guadalupe Sánchez *(El Subjetivo)*

Te dijeron que el Estado opresor es un macho violador. Que somos víctimas por el mero hecho de ser mujer. Que la justicia es patriarcal. Te mintieron. Tergiversaron una sentencia para que creyeses que el sexo no consentido no era delito. Que en España los agresores sexuales gozaban de impunidad aun cuando aquella resolución condenó a los acusados a nueve años. Apelaron a tu miedo y a tus tripas para que salieras a manifestarte por unos derechos que ya tenías.

La reforma del Código Penal era prescindible, hermana. No era necesaria para colocar el consentimiento en el centro porque ya lo estaba. Lo llevaba estando desde el siglo XIX. Antes de ella, los tribunales condenaban a abusadores, agresores y

violadores. Cuando afirman que, gracias a la ley del sólo sí es sí, el consentimiento está garantizado, faltan a la verdad.

También lo hicieron cuando te aseguraron que esta nueva ley no provocaría ni una sola revisión de condenas. Que los operadores jurídicos que llevamos advirtiendo desde 2019 que esto sucedería nos dedicábamos a esparcir propaganda machista. Pero tienes que asumir la verdad, hermana, porque si donde antes ponía 8 años, tras la reforma pone 6 años, no queda otra que aplicarle al reo la pena inferior. No es una opinión ni tampoco es machismo: es el artículo 2 del Código Penal.

Ahora la rebaja generalizada de las penas acometida por la ley ha beneficiado a uno de los integrantes de aquella tristemente célebre Manada. ¡Ay, hermana! Quién te iba a decir que cuando te movilizaron para reclamar un cambio legislativo contra aquel pronunciamiento judicial, estabas promoviendo una ley que llevaba aparejada una condena inferior para uno de los autores del crimen.

Sé que estás tentada a no aceptar esta cruda realidad, a seguir instalada en el relato de que los jueces son «Rubiales con toga» que disfrutan aplicando la ley mal a sabiendas. Que lo sencillo es concluir que la justicia prevarica. Pero en tu fuero interno sabes que no es cierto. Que no son más que infames proclamas, eslóganes vacuos. Hermana: va siendo hora de que asumas que aprovecharon tu indignación desinformada para crear y parasitar un Ministerio que ahora no quieren abandonar. Que te usaron y te manipularon para llegar al poder. Y que te siguen usando y manipulando para aferrarse a él. Que te quieren histérica e hiperventilada para hacer de ti el parapeto que les permite no asumir responsabilidades.

En tu nombre se han rebajado las penas a más de mil agresores sexuales y liberado a casi doscientos. En tu nombre también insultan a los jueces a los que nos les queda más remedio que aplicar la ley aprobada por el legislador al que votaste y votas. Ya ves, te prometieron que te liberarían de la tutela patriarcal y ahora eres rehén de la tutela estatal.

Han hecho de ti una marioneta maltratada por su titiritero, hermana. Has sido colectivizada, victimizada y pisoteada. No eres más que una oveja pastoreada por el lobo, hermana. Tienes que decir basta. Eres tú la que tienes que poner fin a esta espiral insufrible.

Despierta, reacciona, piensa. No dejes que mercadeen políticamente con tus temores y desgracias. Rechaza de una vez que hagan pasar por soluciones lo que no son más que gestos vacíos, brindis al sol. No toleres que apelen a las mujeres para señalar y linchar a inocentes, para criminalizar a los hombres,

para asaltar la justicia o para quebrar la convivencia. Basta ya de que te instrumentalicen para cuestionar derechos y libertades que son salvaguarda de la arbitrariedad y el despotismo, como la presunción inocencia o el derecho de defensa. Porque un día la acusada puedes ser tú, hermana.

Tarea de generaciones

Ángel Pérez Guerra

Para resetear España, única salida al callejón en el que nos ha metido la izquierda (con el apoyo involuntario de la gran derecha) hacen falta, como mínimo, dos generaciones. En realidad, es un problema generalizado en todo Occidente, aunque el nuestro sea en esto vanguardia. Sólo quedan algunos islotes de resistencia: Hungría, Polonia, Chequia (el frente antipopular, por razones históricas obvias), la Italia de Meloni y los Estados Unidos de Trump, que, pese a todo, sigue existiendo.

Personalmente, conservaba cierta esperanza, cada vez más difusa, en el triunfo electoral de un Partido Popular modulado por VOX. Ya no. Debemos grabarnos, para muchos años, dos fechas: 11-3-04 y 23-7-23. El comienzo y el final de la destitución de España. Lo ocurrido el pasado día 23 de julio es la confirmación de los peores temores que podíamos albergar: Ni nuestro sistema es democrático ni un amplio sector del pueblo español sabe lo que se trae entre manos cuando vota. Nos podemos quedar en el tacticismo, y entonces creer en los milagros de la aritmética, que haberlos haylos, confiando en una carambola de última hora. Pero este tipo de magias es, también, patrimonio de la izquierda, cuyo sumo sacerdote es el mayor prestidigitador –tramposo– que hayamos padecido nunca. España está abocada al cautiverio, aherrojada por los nuevos bucaneros de la política y atrapada en sus dos grandes debilidades: la educación y la comunicación.

Desde la misma Ley General de Educación del año setenta, el virus de la dictadura intelectual de corte marxista anda por sus fueros en las aulas de nuestra patria, consolidándose paso a paso, año a año, curso a curso y en todas las etapas. Nacido de la Universidad, donde la URSS sembró dicho virus metódica y pacientemente –ahí y en el mundo del trabajo– fue invadiéndolo todo hasta llegar a los jardines de la infancia (hoy «escuelas de educación infantil»). Y de ahí, obviamente y por capilaridad, al conjunto de la sociedad. Recuerdo cómo el profesor Rodríguez Adrados, gran filólogo clásico, ponía en guardia desde las *Terceras* de aquel *ABC* contra el absolutismo socialista que todo lo ocupaba.

Tras pasar de la universidad a todo el sistema educativo mediante el apesebramiento de cualquier descontento docente y el empoderamiento de los padres-votantes, la tiranía del pensamiento único socialista pasó, como digo, a las mentalidades colectivas, y para que el proceso no tuviera marcha atrás, entró en bucle a través de los medios de comunicación. La «reeducación» de los periodistas también nació en las facultades de Comunicación. Por poner un botón de muestra, el profesor melenudo que en vísperas de las elecciones del 28-M le volvía la cara a la candidata de VOX en un debate televisivo es uno de los que «forman» a los futuros comunicadores en la capital hispalense.

El silencio profundo que ha acompañado a las concentraciones contra la amnistía ante los ayuntamientos españoles –por otra parte, un gesto tan digno como inútil– nos indica hasta qué punto la sociedad española está incomunicada consigo misma, primer paso para la insania. El poder político lo domina y controla todo, desde las redes sociales mediante las empresas afines contratadas para ello, hasta el fútbol, gran negocio como bien saben los más potentes empresarios de la comunicación. Solapada o abiertamente, los periodistas, salvo muy escasas y parciales excepciones, se pliegan más y más cada día a este designio piramidal, cuyos últimos hilos se pierden en la bruma de las alturas.

Claman los elefantes, al borde del lago de su declinación, por el «espíritu de la transición». Pero fueron ellos los que idearon el modelo educativo del que han surgido sus detractores. La respuesta de la portavoz del gobierno a las críticas de Felipe González lo dice todo. ¿Su único argumento? «Son otra generación». Vengo escuchando esta vacuidad desde que la mía peleaba por hacerse un sitio, aunque a decir verdad nunca supe muy bien en qué consistía la solvencia de tal descalificación. Que a estas alturas, sólo el calendario sirva para defender o menoscabar unas ideas sí nos aporta algo importante. Gobierne quien gobierne ahora, resulta más bien irrelevante, porque el problema, efectivamente, es de generaciones. Tras las últimas elecciones generales, una cosa está clara: España necesita un reseteo, que pasa por la vuelta a una educación auténtica y por la regeneración del mundo mediático. Y eso es labor de generaciones. Lo primero sería adoptar la resolución de acometer la obra. Después, tener la constancia de mantenerla viva y la generosidad de saber que no la veremos coronada. En definitiva, fe, esperanza y caridad. ¡Ahí es nada!